



Revista de Ciencias Sociales (Ve)

ISSN: 1315-9518

cclemenz@luz.ve

Universidad del Zulia

Venezuela

Buendía Astudillo, Alexander; Pino Correa, Juan Carlos
Ciudad y diversidad cultural. Una aproximación desde la comunicación
Revista de Ciencias Sociales (Ve), vol. XVII, núm. 1, enero-marzo, 2011, pp. 22-31
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28022755003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ciudad y diversidad cultural. Una aproximación desde la comunicación*

Buendía Astudillo, Alexander **
Pino Correa, Juan Carlos ***

Resumen

Mostrar las diferentes interpretaciones sobre la ciudad y las interacciones que hay en ella es el eje argumentativo del presente artículo. Para ello, se expone la forma como la diversidad cultural se ha hecho presente en las ciudades y cómo se ha generado, poco a poco, la denominada ciudadanía cultural. En la segunda parte del texto, los postulados teóricos expuestos se ponen en contexto, para ello se presenta el caso concreto de la ciudad de Popayán, Colombia. Este apartado, más puntual, muestra cómo la diversidad cultural y la multiculturalidad se han invisibilizado en Popayán y la manera como empiezan a emerger en las prácticas culturales y a través de los diversos actores sociales.

Palabras clave: Ciudad, comunicación, diversidad cultural.

City and Cultural Diversity. An Approach from the Communications Viewpoint

Abstract

The argumentative axis of this article is to show different interpretations of the city and the interactions in it. It also explains how cultural diversity has appeared in cities and how so-called cultural citizenship has gradually been generated. In the second part, the theoretical postulates are placed in context, specifically, in the city of Popayán,

* Este texto es una aproximación al tema de la interculturalidad desde la propuesta teórica de una investigación sobre las subjetividades juveniles urbanas en Popayán (Colombia), desarrollada en el marco de la línea "Cultura, lenguaje y comunicación", del Doctorado en Ciencias de la Educación de Rudecolombia que ofrece la Universidad del Cauca. Los autores han gestado esta reflexión académica al interior del grupo de investigación Estudios Culturales y de Comunicación de la Universidad del Cauca, y por consiguiente se trata de un resultado de un proceso investigativo en el que el grupo y la Universidad están comprometidos. Los autores agradecen a la Universidad del Cauca el espacio que la institución ofrece para el desarrollo académico e investigativo que da origen a reflexiones como la que se expone en el presente artículo.

** Candidato a doctor en Ciencias de la Educación por Rudecolombia-Universidad del Cauca, Colombia. Profesor Asociado del Departamento de Comunicación Social de la Universidad del Cauca, Colombia. Grupo de investigación ECCO, Calle 5 N° 4-70, Popayán, Colombia. E-mail: abuendia@unicauca.edu.co

*** Candidato a doctor en Filología por la UCLM, España. Profesor Asociado del Departamento de Comunicación Social de la Universidad del Cauca, Colombia. Grupo de investigación ECCO, Calle 5 N° 4-70. E-mail: jcpino@unicauca.edu.co

Recibido: 09-11-10 • Aceptado: 10-06-05

Colombia. This section shows how cultural diversity and multiculturalism have become invisible in Popayán and how they are beginning to emerge in cultural practices and through diverse social actors.

Key words: City, communication, cultural diversity.

Introducción: Interpretaciones de la ciudad, interacciones en la ciudad

Para el presente trabajo, la interacción se concibe conceptualmente como el entramado de relaciones entre personas, grupos sociales y culturas, y la ciudad es uno de los escenarios privilegiados donde se da ese encuentro relacional. Adicionalmente, la *relación* también hay que entenderla desde las múltiples significaciones que ésta pueda tener; es decir, como contacto, alianza, conflicto, exterminio, sometimiento, roce, disputa (Grimson, 2000).

Desde las ciencias sociales la ciudad puede ser asumida como morada o como viaje, pero también es susceptible de muchas otras miradas o concepciones, por ejemplo: como red (de relaciones), como flujo (de tránsito, de movilidad humana), como sistema (social), como símbolo (textualidades), como texto (que puede ser leído y hasta escrito) y como rompecabezas (en permanente construcción), entre otras. Hay quienes también la señalan como “una técnica de producción económica y de reproducción social” (Montañez, 2002: 36). Todo esto, y quizá más, es la ciudad. Una amalgama de cosas que re-produce y otras nuevas.

Si se miran las potencialidades de una ciudad a partir de lo que ésta ofrece y lo que puede ofrecer, los intercambios al interior de ella, los consumos que se gestan, la capacidad e infraestructura montada en torno al ocio, el entretenimiento, las artes y la educación, nos damos cuenta de que todo está atravesado por una matriz cultural que impregna su huella en la ciudad. Ésta, entonces, es más que una su-

matoria de expresiones culturales y sociales; por ende, es cultura por sí misma.

En esta perspectiva, también pueden verse las ciudades como organismos vivos que nacen, crecen y se reproducen. En ocasiones —como es el caso de las megaciudades— se convierten en monstruos insaciables que devoran —o fagocitan— hasta a sus propios hijos, sus habitantes, los ciudadanos. Y si se las concibe así, como organismos vivos, las ciudades devoran muchas cosas. Empiezan por las grandes extensiones de tierra que necesitan para su crecimiento y expansión; luego requieren de vías de comunicación y de recursos naturales para su sostenimiento (alimentación, agua potable, gas), y además de un complejo dispositivo que facilite la seguridad y las comunicaciones interna y externamente (energía eléctrica, teléfonos, cámaras de vigilancia, sistemas de información). También necesitan de todo un sistema de aseo que limpie la ciudad o al menos mitigue la contaminación de sus calles, aire y aguas.

La ciudad requiere de muchos elementos para poder satisfacer las necesidades y demandas de sus habitantes. Y cada vez serán más porque las ciudades tienden a crecer, a expandirse, a ser más grandes. El proceso de urbanización se ha acelerado en todo el mundo gracias a la industrialización y la modernización. Esto se evidencia por las migraciones que se dan de zonas rurales a urbanas en los países en vías de desarrollo fundamentalmente. Éstos, en el último tercio del siglo XX, aumentaron su población urbana en un 40% (Borja y Castells, 1997). Otro ejemplo de ello es el surgimiento de las megalópolis (ciudades de más de 10 millones de habitantes). En

1950 apenas había una de estas ciudades en el mundo, Nueva York; para el año 2015, cálculos de las Naciones Unidas estiman que habrá 21, la mayoría de ellas ubicadas en países en vías de desarrollo (www.unhabitat.org).

Lo cual se explica en buena medida por lo que Martín-Barbero (1995: 131) ha denominado la “dinámica urbana de la desterritorialización”. Esta consiste en un proceso ya cotidiano para muchos y que cada vez se da con mayor fuerza en las ciudades, en especial las de Latinoamérica. Este proceso de desterritorialización termina convirtiéndose en una metáfora de las ciudades y tiene cuatro elementos clave: las migraciones, la desnacionalización, la desmaterialización y la desurbanización. En el caso de Colombia puede constatarse que sólo en 30 años, el 70% de su población se volvió urbana fruto de las migraciones, fenómeno social que para Martín-Barbero (1995: 131) “habla de los traslados, de los desarraigos, de las desagregaciones [...] emigraciones e inmigraciones de los pueblos a las ciudades, de las ciudades pequeñas a las ciudades grandes, de las ciudades grandes a la capital y después [...] de unos lugares de la ciudad a otros”. Todo esto sin entrar a profundizar las múltiples causas que generan las migraciones en la compleja realidad política-social (y hasta natural) que se vive en el país (véase lo relacionado con los “procesos y estilos migratorios” que hablan acerca de los “factores de migración social” y las “estrategias de migración”, en Buendía y Giraldo, 2000).

1. Diversidad en la ciudad

El cambio en las ciudades y la llegada de nuevas gentes a ellas han generado también alteraciones culturales y transformaciones en la vida urbana, y a mayor desarrollo de las ciu-

dades mayor incremento en la multiculturalidad de las mismas (García, 1998). Y siempre que lleguen migrantes a la ciudad, siempre que lleguen “los otros”, habrá espacio para la interculturalidad (1) y se gestarán diversos procesos en ese sentido.

Lo primero, lo más evidente, será advertir la presencia del extraño, del foráneo, del venido de “otro lado”. En ese momento empiezan a darse las luchas por la visibilización o la invisibilidad de los sujetos y por lo mismo se inicia la construcción de “otras ciudades” dentro de la ciudad. La urbe, entonces, se vuelve una ciudad de guetos, de enclaves, de colonias, de minorías, de excluidos y marginados. Cada uno de estos grupos empieza a construir su ciudad, a apropiarse de la que ya existe y a interpretarla a su modo, a re-significarla, a resemantizarla, a convertirla en su territorio.

Para instalarse en un nuevo territorio, los migrantes, por ejemplo, siempre apelan a una serie de estrategias que les permiten edificar y dar sentido a su vida en el nuevo escenario: recuperación-reciclaje de oficios y trabajos, reconocimiento práctico del lugar de llegada, recomposición de vínculos, solidaridades institucionales, retornos simbólicos y acopio de recursos de instalación (Buendía y Giraldo, 2000: 54). Todos estos procesos sociales, sin duda, generan procesos de interculturalidad.

Las múltiples identidades particulares que luchan por el espacio dentro de la ciudad llevan a la creación de “otras ciudades” en su interior. Algunas de esas identidades se dan por etnia, por género, otras por edad o procedencia geográfica. Allí se dan cruces y fracturas sociales que advierten que nada en la ciudad es sólido, monolítico o estable, y es así como empiezan los “contactos” de unas identidades con otras. Es en esa interrelación donde se incuba la multiculturalidad. Según Gar-

cía (1998: 31) “la multiculturalidad consiste en la convivencia y la intersección de las diversas ciudades” que ocupan una misma ciudad, un mismo espacio territorial.

Vemos entonces cómo la multiculturalidad no se da espontáneamente sino como fruto de diversos procesos históricos y sociales, a veces —muy escasas— también puede darse a partir de posturas políticas. Hoy en día la diversidad cultural es un hecho innegable, podríamos decir, que ésta es una de las características del mundo global de hoy. Pero no siempre este hecho es visibilizado y valorado positivamente; los defensores de los procesos de globalización exaltan las bondades económicas y comerciales y promueven el intercambio de mercancías, pero no están dispuestos a reconocer que la libre circulación de los bienes de consumo, muchas veces está asociada a condiciones de diversidad. Su contraparte, por el contrario, reclama que así como se estimula el libre tránsito de mercancías y capitales, el flujo de personas; es decir, los procesos migratorios, contara con un trato similar. Se busca, en consecuencia, que lo relativo al libre tránsito de personas también sea tenido en cuenta en los tratados comerciales y que los trámites relacionados con este tema sean más comprensivos y más humanitarios, porque es inadmisibles considerar el libre intercambio de bienes, servicios y capitales, pero restringir la circulación de aquellas personas que los fabrican o los usan.

Es en este panorama donde surge un reto importante pues “el desafío es transformar esa pluriculturalidad o diversidad cultural, a través de la interculturalidad (diálogo crítico entre las culturas y de las culturas), en una multiculturalidad (Souza, 2006: 79). Es decir, la multiculturalidad sólo tiene sentido si ésta es fruto de un proceso consciente de diálogo, no basta con reconocer la existencia del otro, o de

muchos “otros”, también hay que dialogar con ellos, desde ellos. Y es preferible que este diálogo se dé en condiciones de equidad. No se trata entonces de buscar consensos porque sí, se trata, más bien, de generar un mutuo reconocimiento, de concebir las diferencias como potencialidades y de reconocer en los otros, a los “diferentes”, sus posibilidades autónomas del ejercicio de sus identidades, de rasgos, expresiones y prácticas culturales.

En el contexto de las ciudades vemos cómo en los procesos sociohistóricos de interrelación e intercambio cultural, “la percepción y el uso del espacio es diferente entre habitantes de distintas zonas de la ciudad y de diversos grupos sociales. Sin embargo, hay significados clave que son compartidos y, por lo tanto, disputados, por los diferentes sectores” (Grimson, 2000: 75). Y esa disputa, por paradójico y contradictorio que parezca, es lo que termina configurando el tejido social de lo urbano, aquello que constituye buena parte de la cultura de la ciudad, expresada en los consumos ciudadanos, pero también en lo que se produce en términos culturales. La diferencia y la diversidad, entonces, no deben verse como caos o como pérdida de lo original sino como una realidad cada vez más presente y cotidiana para nosotros que, ante todo, debemos potenciar.

Bien señalan Borja y Castells (1997) que la pluralidad étnica y la multiplicidad cultural pueden convertirse en fuente de riqueza, no sólo cultural sino también económica. Es evidente que las sociedades son cada vez más diversas, y son las ciudades quienes más concentran tal diversidad. Lo clave, para estos autores, es aprender a convivir con esta situación y sacarle el mejor provecho en beneficio de todos. Así mismo, es necesario saber cómo se debe gestionar el intercambio cultural para que se dé en condiciones de equidad y que las

diferencias étnicas sean respetadas y valoradas a fin de atenuar las desigualdades que han surgido debido a la discriminación.

Esto representa todo un desafío tanto político como social, a la hora de diseñar las nuevas políticas sociales y económicas globales. Ver la ciudad como posibilidad de crecimiento y como riqueza a partir de la diversidad social y de la diferencia cultural es el gran reto. No es fácil desmontar todo el discurso de amenaza que hay en torno a “lo diferente”, ver esto como oportunidad implica empezar a cambiar paradigmas, pero ahí está el desafío que se debe asumir y la comunicación puede hacer aportes importantes en este sentido, tales como hacer visible al otro y, sobre todo, permitirle expresarse.

García (2004) plantea con suficiente claridad cómo esa doble relación de conexión-desconexión con los otros es clave para la constitución de sujetos individuales y colectivos, y señala, además, que para ello el rol de la comunicación es trascendental. Ahora bien, en el fondo lo que hay es un planteamiento que aboga por reconocer las carencias (diferencias, desigualdades, desconexión) en primera instancia para luego proponer las potencialidades de las mismas.

Para García “la multiculturalidad propicia enriquecimientos y fusiones, innovaciones estilísticas tomando prestado de muchas partes” (2004: 22); pero no se trata sólo de ver las posibilidades positivas sino también lo que implica en términos de concesiones a la hora de negociaciones, conflictos y préstamos recíprocos. En otras palabras, si bien es importante —y necesario— reconocer y valorar la multiculturalidad, no hay que perder de vista que ésta implica también una serie de posturas políticas que no siempre —y no todos— están dispuestos a asumir, y allí se presenta otro reto social.

Por tanto, “una teoría consistente de la interculturalidad debe encontrar la forma de trabajar conjuntamente los tres procesos en que esta se trama: las diferencias, las desigualdades y la desconexión” (García, 2006: 45). Y estos tres procesos se aprecian muy claramente en el contexto de las ciudades y en la cultura urbana como manifestación de éstas.

2. Ciudadanía cultural

La cultura de la ciudad y el consumo de esa cultura —y de la ciudad misma— es lo que nos hace ciudadanos. Es decir, el consumo cultural es lo que nos lleva a una “ciudadanía cultural” según Guzmán (1998). Ahora bien, esta relación de los ciudadanos con el consumo (cultural) implica que haya también una oferta. ¿Qué ofrece (culturalmente) la ciudad hoy en día? ¿Cómo esta oferta logra conectarse con el ciudadano promedio? ¿De qué manera, mediante qué estrategias, se ofrece la ciudad (y sus productos culturales) a los ciudadanos que la habitan y visitan?

El planteamiento de Guzmán (1996) de ver la ciudad como un “acontecimiento u objeto de consumo cultural” es plenamente válido, pero en muchas de las ciudades latinoamericanas, especialmente aquellas ciudades pequeñas o periféricas, a veces se queda en lo teórico y carece de mayor viabilidad por falta de encarnamiento, pues no todas poseen —o se piensan— como todo un dispositivo y entramado social que tiene ofertas y consumos culturales. En todo caso, la propuesta de Guzmán —muy afín a la de García en su libro *Consumidores y ciudadanos* (1995)— plantea que se adquiere una ciudadanía cultural cuando se consume culturalmente la ciudad.

En este escenario, la comunicación cobra plena vigencia y se convierte casi en una necesidad para comprender toda la diversidad

de procesos y tejidos sociales desarrollados en la ciudad. Por toda la complejidad que ésta encierra y dada la importancia que implica interpretarla e intervenir en sus dinámicas es que “la ciudad necesita múltiples lecturas [...] debemos estar preparados para decodificar, debemos contar con los instrumentos necesarios para resistir al discurso hegemónico, decodificarlo críticamente. [Por ello] descifrar los procesos comunicacionales es esencial” (Benach y Sánchez, 1999: 49).

Estas lecturas, donde la ciudadanía cultural tenga espacio, no deben dejar a un lado las nuevas dimensiones sociales y territoriales que cada vez se acentúan más en las ciudades. La diversidad cultural, es quizá, una de dichas dimensiones que, por estar ahí, a veces pasa inadvertida porque tiende a “naturalizarse” pero no se legisla sobre ella como tampoco se gestiona suficientemente desde los Estados.

El caso es que la sociedad urbana es cada vez más compleja, heterogénea y fragmentada. La vida urbana, las relaciones que se tejen alrededor de ella, la movilidad y los gustos de las personas, son cada día más individualizados y diversificados, por tanto las demandas culturales son múltiples y no siempre la ciudad, su infraestructura y sus dispositivos están respondiendo a tales demandas. En ocasiones —la mayoría de las veces— se apela a la uniformización de la oferta cultural a partir de parámetros homogenizantes. Lo clave aquí es comprender “la nueva complejidad de la sociedad urbana y la diversidad de sus demandas y de sus comportamientos” (Borja, 2007: 43), sólo así se podrá proponer una oferta que esté a la altura de las demandas con miras a construir una ciudadanía cultural plena y dotada de sentido diverso y plural.

3. Popayán multicultural

Popayán es una de las ciudades más tradicionales de Colombia. Se ubica en el sur-occidente del país y se proclama como un bastión hispánico y colonial, tanto en su arquitectura como en sus costumbres. En el pasado, la ciudad fue referente importante en la vida política, económica e intelectual del país. En la época colonial como en las primeras décadas de la república, Popayán se erigió como cuna de personajes ilustres y próceres, pero en el siglo XX su protagonismo menguó.

Hoy en día se sigue exaltando el pasado de Popayán pero ya no tiene la trascendencia de antaño, queda sólo el legado de “nobleza e hidalguía” que se sigue reproduciendo en discurso de algunos sectores sociales. Este discurso proclama a la ciudad como culta y universitaria. Popayán sería entonces una ciudad letrada (Rama, 2004) y patricia (Romero, 1999) al mismo tiempo.

A pesar de que buena parte de las familias tradicionales de la ciudad y ciertas obras de historia local se encargan de enaltecer su herencia española, la ciudad se encuentra en una región con gran presencia e influencia de etnias indígenas y comunidades afro. Después de 1983, año en que ocurrió un sismo de considerable magnitud, la ciudad ha afrontado cambios significativos en población y dinámicas sociales. A raíz del terremoto, llegaron nuevas gentes y el rostro de la ciudad fue cambiando poco a poco, sobre todo en la periferia. A esto se le suma que en 1994, un terremoto en la zona de Tierradentro obligó a que algunas comunidades indígenas migraran hacia la ciudad, al igual que las víctimas de desplazamiento forzado, producto del conflicto social que se vive con mayor intensidad en las zonas rurales y

campesinas del país. La ciudad de Popayán, por ejemplo, es el centro urbano con mayor recepción de desplazados del departamento.

Desde cierta óptica, Popayán puede asumirse una ciudad multicultural —y por lo tanto comunicacional— pero quizá lo más importante de esta multiculturalidad no sea lo que la ciudad diga sino al contrario, lo que expresa callando. Lo que comunica cuando enmudece ante ciertas realidades evidentes e innegables, lo que termina “diciendo” cuando intenta silenciar o invisibilizar a determinados sectores o actores sociales que cada vez están más presentes y por lo tanto más “visibles” en la ciudad. La evidencia más clara de esta multiculturalidad es la mutietnicidad que converge en Popayán, basta con identificar a los grupos de indígenas, bien sean guambianos o paeces, que son la mayoría, o de comunidades afro que se “mueven”, recorren, visitan o habitan la ciudad. Quizás el escenario más explícito para estos cruces e intercambios pluriétnicos sean las plazas de mercado donde se da toda una mezcla de etnias, costumbres, lenguajes y culturas.

Por ejemplo, el “tradicional” color blanco de la ciudad, con el cual Popayán es reconocida e identificada tanto dentro como fuera de sus fronteras, no ha hecho más que ocultar los otros colores que también habitan la ciudad. Gracias al blanco se han opacado los colores del mestizaje. Por lo tanto, la multiculturalidad de esta ciudad ha estado oculta e invisible y sólo se ha hecho emergente de unos años para acá.

Sin duda, el terremoto de 1983, además de derrumbar buena parte del centro histórico de la ciudad, generó un sismo social que ha desencadenado toda una serie de procesos evidenciados en la forma como asumimos y vivimos la ciudad. Gracias al terremoto —o pese a él— Popayán ya no es la misma (2), es otra ciu-

dad que se construye día a día. La reconstrucción física posterremoto es precedida por una reconstrucción social que poco a poco va armando los componentes de la ciudad.

Lejos estamos aún de una ciudad más tolerante e incluyente. Lo cierto es que esa ciudad monóticamente blanca que se jactaba de su hidalguía y ancestros españoles es más recuerdo y añoranza que presente vivido. ¿Cómo es, entonces, la Popayán de hoy?

Hoy en día Popayán es, sobre todo, una ciudad con fisuras; las grietas físicas que le dejó el terremoto de 1983 se cerraron pero las sociales y simbólicas se han abierto aún más. Tenemos una nueva ciudad —no mejor ni peor sino diferente— que lucha cada día por ser visible y reconocida. Una nueva ciudad que ya no se hace en el parque Caldas sino en el occidente, más allá del cementerio central; en el suroriente, más allá de la calle trece; en el norte, más allá de Bello Horizonte. Es decir, hay una ciudad que nace de las periferias y que retoma el centro con nuevos significados y con diferentes usos a los tradicionales. Popayán ya no es solamente el centro y sus tradicionales procesiones semanasanteras. Popayán ya no es solamente blanca.

Tenemos ahora —así muchos no lo quieran reconocer— una Popayán mestiza y mestizada, fundamentalmente porque la ciudad está constituida, al menos en los últimos años, por migrantes. Lo que ha hecho la ciudad, en un giro de encubrimiento hegemónico, es justamente invisibilizar esta realidad; cosa paradójica porque: “no siempre el migrante aparece como advenedizo. Diferencias de clase, origen, apariencia racial, fenotipo, idioma, han sido usadas no sólo para segregar y hacer del extraño un advenedizo, sino también para avalar —en otros casos— una política de “blanqueamiento” en la que los migrantes extranjeros de origen europeo son conside-

rados de mejor estirpe que los nativos” (Buendía y Giraldo, 2000: 62).

Sólo ahora, siglos después de la colonia, es que la ciudad ve al foráneo como amenaza a la tradición. No obstante, el migrante, así no se le quiera reconocer su aporte, también construye ciudad y genera ciudadanía. “El migrante recién llegado pocas veces se da cuenta de su importancia en el papel de construir ciudad, a esta dinámica sólo se integra después de un tiempo en el que asimila su protagonismo porque inicialmente su visión está centrada en la adaptación al nuevo contexto; sin embargo y paradójicamente, en ocasiones termina conociendo la ciudad —y así construyéndola mientras la recorre y la aprehende— más que sus propios residentes [...] Muchas de las innovaciones originadas con el fin de expandir la ciudad y dotarla de mejores condiciones de vida, de servicios públicos, de seguridad, de infraestructura, de integrarla a planes políticos y sociales de desarrollo estatal y privado, se llevarán a cabo debido a la presencia de los migrantes” (Buendía y Giraldo, 2000: 61, 63).

4. Reflexiones finales

Podríamos decir entonces que la Popayán de los últimos años es producto de las fracturas, las disputas, los cruces y las relaciones interculturales que se han dado en el espacio social. Esa red de relaciones al interior de la ciudad ha generado una serie de procesos comunicacionales que dan cuenta de una nueva ciudad que emerge ante nuestros ojos, así no se pueda o no se quiera ver.

Ante esta nueva realidad en una ciudad como Popayán —conservadora, aparentemente apacible y donde la historia no pareciera registrar mayores transformaciones socia-

les— cabrían una serie de preguntas. Es bueno señalar que lejos de plantear respuestas y puntos de llegada, este texto quiere asumir el riesgo de señalar más bien puntos de partida, elementos para continuar la reflexión y provocaciones conceptuales a fin de seguir pensado y asumiendo estas problemáticas.

Algunos de estos interrogantes serían:

- ¿Cómo estamos educando a los nuevos ciudadanos para la interculturalidad y la multiculturalidad?
- ¿Qué papel debe desempeñar la educación, y concretamente el sistema educativo —formal y no formal— en los procesos de diversidad cultural, interculturalidad y multiculturalidad?
- ¿Estamos preparados y estamos preparando adecuadamente a los agentes educativos para que realmente vivan y transmitan la multiculturalidad en sus contextos de enseñanza aprendizaje?
- ¿Cuáles deben ser las apuestas políticas que deben jugarse desde la educación para generar una verdadera educación multicultural?

Evidentemente cada una de estas preguntas bien podría dar origen múltiples reflexiones y de diversa índole. Creemos que en buena medida se constituyen en caminos a seguir para profundizar sobre el tema. También pueden ser útiles para insistir en algo obvio pero no por ello de menor importancia: la ciudad es y seguirá siendo un espacio de multiculturalidad por excelencia, y en este marco la comunicación será decisiva para que la diversidad se visibilice o se oculte. En este doble juego de relevancia y opacidad, por su puesto, hay todo un proceso educativo y pedagógico que no hay que descuidar pues sobre el cual se asientan muchos elementos que tienen que ver con la construcción del futuro.

Notas

1. Para el presente trabajo es importante asumir este concepto tal como lo trabaja Grimson (2000: 15-16), para quien “la interculturalidad abarca un conjunto inmenso de fenómenos que incluyen la convivencia en ciudades multiétnicas (concurrir a la escuela o trabajar con personas que llegaron de otras zonas de un país o de otros países), Estados multiétnicos, proyectos empresarios, el turismo, la vida fronteriza y los medios masivos de comunicación, entre otros. De este modo, la interculturalidad incluye dimensiones cotidianas, a veces personales, de extrañamiento frente a la alteridad, desigualdades sociales, así como dimensiones políticas, grupales y estatales, de reconocimiento e igualdad”.
2. “En los últimos años Popayán ha tenido grandes transformaciones debido a dos catástrofes naturales que han desencadenado migraciones significativas. Después del terremoto de 1983 se crearon una serie de asentamientos subnormales -la gran mayoría de estos habitados por migrantes campesinos- que hoy en día, convertidos en barrios, hacen parte de una de las comunas más pobladas de la ciudad. Después de la avalancha del río Páez en 1994, hubo en la ciudad varios albergues de damnificados que posteriormente se constituyeron en barrios de reubicados. Un factor importante de migración temporal a la ciudad lo constituyen el buen número de universidades, que en sus modalidades de estudios presenciales, semipresenciales y a distancia, tienen sus sedes en Popayán, estimulando continuas oleadas de jóvenes que llegan a la ciudad por motivos de estudio” (Buendía y Giraldo, 2000: 62).

Bibliografía citada

Benach, Nuria & Sánchez, Fernanda (1999). “Políticas urbanas y producción de imágenes de la ciudad contemporánea: un análisis comparativo entre Barcelona y Curitiba”. En: Carrión, F. & Wollrad,

D. (comps.). **La ciudad, escenario de comunicación**. Quito: FLACSO.

Borja, Jordi (2007). Revolución y contrarrevolución en la ciudad global: las expectativas frustradas por la globalización de nuestras ciudades. **EURE** 33, 100, Pp. 35-50.

Borja, Jordi & Castells, Manuel (1997). “La ciudad multicultural”. En: **Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información**. Madrid: Taurus.

Buendía, Alexander & Giraldo, Diego (2000). **Entre la memoria y el olvido. Imágenes de la constitución de territorios**. Trabajo de Grado, Cali: Universidad del Valle.

García Canclini, Néstor (2004). **Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad**. Barcelona: Gedisa.

García Canclini, Néstor (1998). “Las cuatro ciudades de México”. En: García Canclini N. (coord.) **Cultura y comunicación en la ciudad de México**. (1a parte) Modernidad y multiculturalidad: la ciudad de México a fin de siglo. México D.F.: Grijalbo.

García Canclini, Néstor (1995). **Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización**. México D.F.: Grijalbo.

Grimson, Alejandro (2000). **Interculturalidad y comunicación**. Bogotá: Norma.

Guzmán, Carlos (1998). “Las nuevas síntesis urbanas de una ciudadanía cultural. (La ciudad como objeto de consumo cultural)”. En: **El consumo cultural del venezolano**. Caracas: Fundación Centro Gumilla/Conac.

Guzmán, Carlos (1996). “La demanda del ‘nosotros’: descubriendo la ciudad como acontecimiento de consumo cultural”. En: **Medios de Comunicación y Po-**

- der.** Caracas: UCV/Fundación Carlos Eduardo Frías.
- Martín-Barbero, Jesús (1995). **Pre-textos**. Cali: Universidad del Valle.
- Montañez, Gustavo (2002). "Pensar la ciudad". En: Torres, C. A., Viviescas, F. y Pérez, E. (comps.); **La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Organización de las Naciones Unidas, Population Division. Human Settlements Programme. www.unhabitat.org.
- Rama, Ángel (2004). **La ciudad letrada**. Santiago: Tajarar.
- Romero, José L. (1999). **Latinoamérica: las ciudades y las ideas**. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Souza, Joao F. (2006). "¿Es posible construir una sociedad multicultural?". En: Souza J. F. (et al); **Investigación-acción participativa: ¿qué? Desafíos a la construcción colectiva del conocimiento**. Recife: Ed. Bagaço.